

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO A

2ª Lectura (1 Cor. 1, 26-31)



“Dios ha escogido lo débil del mundo”

«Hermanos: Fijaos en vuestra asamblea, no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; todo lo contrario, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. Por él, vosotros sois en Cristo Jesús, en este Cristo que Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención.

Y así –como dice la Escritura– el que se glorié, que se glorié en el Señor.» (1 Cor. 1, 26-31).

“Hermanos: Fijaos en vuestra asamblea, no hay en ella muchos sabios en lo humano”: Con estos versos va S. Pablo a demostrarte cómo la sabiduría de Dios sobrenada a la sabiduría de los hombres, cosa que había dicho en el verso anterior:

*«Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y **sabiduría de Dios**. Porque la **necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres**, y la **debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres**.» (1 Cor. 1, 23-25).*

El imperativo de S. Pablo: “*fijaos (mirad)*”, es una exhortación a que prestes la debida atención a la obra de Dios en la nulidad humana, pero, además, está indicando a cada uno de nosotros que examine su propia vocación, su llamada a la salvación, pues siendo cada cual tan indigno y tan inútil, sin embargo, Dios ha querido fijarse en ti.

Al mostrar S. Pablo la deficiencia de “*sabios en lo humano*” dentro de las asambleas cristianas, está indicando de rebote que la sabiduría de estos cristianos es divina, pues Dios sólo obra en la nada, en la nulidad, en la ignorancia humana, para que brille la sabiduría divina:

«CRITERIOS MUNDANOS.

Quien es sabio según la carne está lleno de una gran necedad; y éste es el mayor necio, el que no quiere rechazar la doctrina corrupta. Los ignorantes son convencidos mejor. En efecto, como no poseen tanta arrogancia, no se tienen por sabios.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre la Primera Carta a los Corintios, 5, 2; PG 61, 39-40).

Puedes concluir con certeza que el cristianismo se fue implantando en el mundo con personas de los estratos sociales más bajos, sin que ello fuera óbice para que también aparecieran personajes de la altura de S. Pablo, S. Mateo, Apolo, Dionisio el Areopagita, Cornelio, José de Arimatea, Nicodemo...

“Ni muchos poderosos”: Al igual que la sabiduría, que acaba de mencionar S. Pablo, el poder de Dios sobrenada al poder de los hombres:

*«Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, **fuerza de Dios** y sabiduría de Dios. Porque la **necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres**, y la **debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres**.» (1 Cor. 1, 23-25).*

Dios no necesita la espada romana o la daga sicaria para desarrollar su plan de salvación, sino tres clavos para sujetarse al madero del dolor. ¿Que desconcierta? –¡Pues claro! ¡Y mucho! Pero aquí está contenida la omnipotencia de Dios a la que no pueden hacer frente todos los ejércitos de la tierra, con su armamento de antes o de ahora.

¿Dónde está ahora el asesino de Alejandro Magno?:

*«Alejandro de Macedonia, hijo de Filipo, partió del país de Kittim, derrotó a Darío, rey de los persas y los medos, y reinó en su lugar, empezando por la Hélada. **Suscitó muchas guerras**, se apoderó de plazas fuertes y **dio muerte** (asesinó) **a reyes** de la tierra. Avanzó hasta los confines del mundo y **se hizo con el botín de** (saqueó) **multitud de pueblos**. La tierra enmudeció en su presencia y su corazón se ensoberbeció y se llenó de orgullo. Juntó un ejército potentísimo y ejerció el mando sobre tierras, pueblos y príncipes, que le pagaban tributo.» (1 Mac. 1, 1-4).*

¿Dónde está ahora Pilato? ¿Y Anás y Caifás? ¿Y Herodes? –¡Desaparecieron para siempre! ¿Dónde sus mesnadas? ¿Sus imperios? ¿Dónde...? –¡Desaparecieron para siempre!

¿Desapareció el pueblo fundado por Cristo Jesús, la Iglesia? –No. Y han pasado ya más de 2.000 años. ¿No te dice algo esto? –Sí; que está detrás y dentro de la Iglesia el mismísimo Dios llevando la historia a su fin deseado. Aquí se hace patente un “*Diseño Inteligente*” al que no pueden acceder todas las fuerzas creadas.

¿Me estás diciendo que el cordero vencerá al lobo? –Sí; el “*Cordero degollado*” venció y se sienta en el trono por los siglos:

*«Gritan (una muchedumbre inmensa) con fuerte voz: “**La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero.**” Y todos los Ángeles que estaban en pie alrededor del trono de los Ancianos y de los cuatro Vivientes, se postraron delante del trono, rostro en tierra, y adoraron a Dios diciendo: “Amén. Alabanza, gloria, **sabiduría**, acción de gracias, **honor, poder y fuerza**, a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.”» (Ap. 7, 10-12).*

“Ni muchos aristócratas”: Si no le era necesaria a Dios la sabiduría ni el poder humanos, tampoco le era necesaria la diplomacia de castas, que participan de sabiduría y poder humanos. Dios no necesita nada que haya inventado el hombre, sumergido en el pecado, sino que Dios construye en la nada de la sabiduría, del poder o de la aristocracia.

“Todo lo contrario, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios”: La pretensión autosalvadora del hombre con aires sapienciales, heredada del paraíso de Adán, no puede conseguir su fin salvífico, antes, al contrario, cuanto más corre en su consecución, más se aleja de la realidad, pues lleva un camino contrario al plan redentor del Señor.

Y es tal la ignorancia de la pretendida sabiduría humana, que quedó sumida en una noche de ignorancia pavorosa. Sin embargo, los considerados como ignorantes, pero iluminados por la sabiduría divina, llegaron más lejos que los sabios de este mundo:

«LO DÉBIL, LA FUENTE DEL PODER.

Las necesidades del mundo son: que la Virgen dio a luz y que el Hijo de Dios fue crucificado. El mundo piensa que creer esto es una necesidad; por lo tanto, Dios, para confundir al mundo, eligió a quienes creen lo que el mundo juzga una necesidad. Por lo tanto, son confundidos los sabios al ver que son muchos los que creen lo que niegan unos pocos... Igualmente, ven que las debilidades señaladas de Cristo dominan sobre los demonios y hacen milagros. Lo débil y la pasión del Salvador son una injuria para el mundo que desconoce que se trocan en fuerza, porque se permitió padecerlas para vencer la muerte. Porque la gloria es propia del que padece, y del que hace padecer la condena, cuando se padece injustamente y, pudiendo, no quiere resistirse.» (AMBROSIÁSTER, Comentario a la Primera Carta a los Corintios; CSEL 81/2, 18-19).

No se trata de un mero dejar humillada Dios la sabiduría del hombre, que humillada queda, sino que Dios tiene que reducir a la nada esa pretensión estúpida autosalvadora del hombre, para así poder Dios salvar al hombre, pero desde la sabiduría de Dios, no del hombre.

La sabiduría humana no tiene ningún valor en orden a la salvación del hombre, pero lo peor está en que el hombre que se cree sabio no acepta la sabiduría divina, porque la cree necia, sin valor que merezca la pena.

“Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta para anular a lo que cuenta”: Se entiende que, según una apreciación meramente humana, *“la gente baja del mundo”* carece de sabiduría, poder o nobleza; por tanto, no encontrará oposición la gracia de Dios en esta gente sencilla, se abrirán al proyecto salvífico divino y conseguirán la sabiduría, fuerza y nobleza divinas que no consiguieron los que así lo pretendían en el mundo: los mundanos.

Ilumina no poco saber dónde elige Dios a sus hijos. Será de entre los humildes de donde Dios saque sus huestes salvadoras. Dios podrá contar contigo si te abajas a lo que el mundo llama necedad, flaqueza, nulidad, es decir, a lo que nosotros llamamos *humildad*.

Pero para que Dios te elija desde la humildad, antes tiene que humillar tu soberbia: *“lo que cuenta”*. ¡Ayúdale tú a Dios para que haga esta tarea de anular en ti lo que no proviene de Dios, sino de ti contra la voluntad de Dios, para que ahora se haga la voluntad de Dios, aún en contra de ti!

“De modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor”: La clave de todo lo anterior está en esta frase: *“De modo que nadie pueda gloriarse”*. Se impone el vacío total de lo humano para que resplandezca la plenitud de lo divino. Dios sólo obra en la nada. Y de la nada saca una hermosa creación nueva. Es irreverente darle a Dios material para obrar. Dios no necesita de nada, más bien precisa de tu nada para poner en ese vacío algo y todo de sí. Por tanto, Dios elige al ignorante, al pobre, al abatido, al que el mundo reputa por nada. Así el mundo podrá reconocer en la nada la nueva creación. La criatura carece de razón posible para gloriarse en acción alguna en la salvación del hombre. La restauración del hombre es una *“nueva creación”*, cosa en la que la criatura nada tiene que hacer. La salvación del hombre es toda obra exclusiva de Dios; y toda pretensión humana, de intervenir en esta acción salvífica, que es estrictamente divina, no es más que infinita necedad en el hombre.

De aquí, como conclusión, que la virginidad sea la mejor disposición humana para una encarnación.

“Por él, vosotros sois en Cristo Jesús, en este Cristo que Dios ha hecho para nosotros sabiduría”: La sabiduría que no encontró el mundo frente a Dios, la encontró el hombre reputado por el mundo como necio,

pero que como este hombre está en Cristo Jesús, participa de la sabiduría infinita de Dios.

Toda la grandeza del hombre está en su unión con Cristo Jesús. Lo que no está en Cristo Jesús, está llamado al fracaso sempiterno. El hombre, que es nada, comienza a ser algo en Cristo Jesús, no en el mundo.

“Justicia, santificación y redención”: “Justicia” y “santificación” son una misma cosa. La unión con Cristo Jesús te incorpora a su justicia y santificación.

La “redención”, que es la causa de tu liberación del pecado y de la muerte, supone en Jesús asumir el pecado de la humanidad, y la humanidad asumir la justicia de Cristo Jesús.

«A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él.» (2 Cor. 5, 21).

La obra del Padre en su Hijo consiguió tu justicia, tu santificación, tu redención. Y lo consiguió con la locura loca de la cruz, para confusión de la cuerda cordura de la pretendida sapiencia humana.

“Y así –como dice la Escritura– el que se gloríe, que se gloríe en el Señor”: Porque como ha sido descalificada por Dios la sabiduría de este mundo como “necia”, Dios elige al considerado como necio para el mundo haciéndolo sabio según Dios. Dios no quiere servirse de la necesidad del mundo, llamada sabiduría mundana, para propagar el evangelio, pues la sabiduría humana no salva, no convence, no tiene virtud suficiente para comprometer una vida entera en el servicio del Dios creador de cielo y tierra.

Parece que S. Pablo tiene aquí presente al profeta Jeremías:

*«Así dice Yahveh: No se alabe el **sabio** por su sabiduría, ni se alabe el **valiente** por su valentía, ni se alabe el **rico** por su riqueza; mas en esto se alabe quien se alabare: en tener seso y conocerme, porque yo soy Yahveh, que hago merced, derecho y justicia sobre la tierra, porque en eso me complazco.» (Jer. 9, 22-23).*

3ª Lectura (Mt. 5, 1-12)



“Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo”

«En aquel tiempo, al ver Jesús al gentío subió a la montaña, se sentó y se acercaron sus discípulos, y él se puso a hablar enseñándoles: Dichosos (bienaventurados) los pobres en el (de) espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Dichosos (bienaventurados) los sufridos (mansos), porque ellos heredarán la tierra.

Dichosos (bienaventurados) los que lloran, porque ellos serán consolados.

Dichosos (bienaventurados) los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Dichosos (bienaventurados) los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Dichosos (bienaventurados) los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Dichosos (bienaventurados) los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán “los hijos de Dios”.

Dichosos (bienaventurados) los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Dichosos (bienaventurados) vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.» (Mt. 5, 1-12).

Las Bienaventuranzas forman el **exordio del grandioso Sermón de la Montaña**, al que se le llama con mucha razón la **Carta Magna del Reino Mesiánico**, pronunciada por el mismo Jesucristo, y se le ha comparado a la antigua **legislación mosaica** dada al pueblo de Dios en el monte Sinaí.

- La legislación de Moisés se pronunció entre truenos, relámpagos y centellas, por medio de ángeles, sirviendo de intermediario Moisés. Se escribió en tablas de piedra y se le llamó ley de esclavitud (cf. Gál. 4, 24).
- La nueva legislación te la comunica el mismo Hijo de Dios por sí mismo, como supremo legislador, hablando directamente con los hombres como un padre con sus hijos, sentado en medio de ellos en la falda de una montaña llena de encantos.

Auditorio: El auditorio estaba compuesto por los discípulos y multitud de gentes de todas partes, aunque en el v. 12 parece dirigirse a los apóstoles:

«Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.» (Mt. 5, 12).

Marco topográfico: Jesús sube al monte en busca de soledad para entregarse a la oración, y sube también a la mañana para elegir a los doce discípulos. Al bajar de la montaña con los doce, en las faldas de la misma montaña, teniendo por auditorio al pueblo, comienza el Sermón de la Montaña.

Cronología: el Sermón de la Montaña, tal como se te presenta, es un auténtico “**programa**” de actitud cristiana, y, como a tal, le corresponde orgánicamente ser colocado en el **frontispicio de la catequesis de Jesús**, pero se lo estorba el que ya haya seguido tanta gente a Jesús, y de tantos lugares, lo cual hace suponer que ya había llevado algún tiempo

predicando y aglutinando gentes. Sin embargo, si, como dice S. Lucas, eligió entonces a sus apóstoles, entonces tuvo que ser al inicio de su vida pública:

«Sucedió que por aquellos días se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles.» (Lc. 6, 12-13).

El discípulo perfecto: Las Bienaventuranzas suponen un valor supraconceptual que no se puede envolver en la red de una idea. Encerrar esos valores teológicos en fórmulas antropológicas es como definir con cifras aritméticas el perfume de una flor.

Las Bienaventuranzas son la autobiografía psicológica de Cristo Jesús, el ideal de la santidad cristiana.

Un filósofo podrá precisar la evolución semántica de la palabra “pobre”, y los antecedentes de su incorporación al vocabulario evangélico, mas para entender lo que pensaba Jesús hay que adoptar, por lo menos en espíritu, la actitud de S. Francisco de Asís.

“En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña”:

«ASCENSIÓN A LAS ALTURAS.

El Señor, que iba a conducir a sus discípulos de lo terreno y bajo a lo alto y excelso, subió con ellos a un monte... Subió, pues, el Señor al monte para transmitir a sus discípulos, que estaban abandonando las cosas terrenas y buscando las de arriba, como a quienes se hallan ya en lo alto, los preceptos de los mandatos celestes.» (CROMACIO DE AQUILEYA, Comentario al Evangelio de Mateo, 17, 1, 1-2; CCL 9A, 268: BPa 58, 145-146).

Comienza este primer verso de las Bienaventuranzas con una **ascensión mística**: “subió a la montaña, se sentó, y se acercaron los discípulos” (incipientes). Terminan las Bienaventuranzas con otra **ascensión, pero ascética**: “bienaventurados cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien... Alegraos y regocijaos”. Esta ascensión es la de los perfectos: la cruz.

En las dos ascensiones brilla la paz: **1ª ascensión**: se sentó, se acercaron los discípulos, y **2ª ascensión**: alegraos y regocijaos. El verdadero cristiano se alegra en la prosperidad y en la adversidad, porque se cree en las manos providentes de Dios, que envía lo que el hombre necesita en cada momento.

“Al ver... subió”: Adoptó la actitud de cátedra. Jesús se fija (*“al ver”*) en las muchedumbres, no le pasan desapercibidas.

¿Qué motivó este movimiento ascensional? –La visión de la muchedumbre, *“porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor”* (Mt. 9, 36). Cada hombre es una muchedumbre de indigencias. Jesús vio a la muchedumbre sumergida en la ignorancia que lleva a la perdición.

Sólo Dios puede subir. Pero le pueden acompañar en esta ascensión a la montaña todos los que participan de sus poderes por legítima transmisión.

Todo apóstol debe moverse (*“subir”*) a misericordia ante las muchedumbres y dedicarles todo el tiempo preciso que necesiten para instruir en orden a la salvación.

La subida al monte (Calvario), Cátedra del Redentor, es de una elocuencia eficaz. La subida al monte, donde Dios y el hombre se comunican (oración), es de una eficacia elocuente. Acción y pasión, es decir, oración y cruz, son los dos pies que mueven ascensionalmente hacia el monte de la misericordia.

“Se sentó”: Se estabilizó en el *magisterio* de las alturas redentoras.

«¿Quién subirá al monte de Yahveh (del Señor)?, ¿quién podrá estar en su recinto santo? –El de manos limpias y puro corazón, el que a la vanidad no lleva su alma (su mano), ni con engaño jura. Él logrará la bendición de Yahveh, la justicia (santificación) del Dios de su salvación. Tal es la raza de los que le buscan, los que van tras tu rostro, oh Dios de Jacob.» (Sal. 24, 3-6).

“Y se acercaron sus discípulos”: Los que son de Dios se acercan, no se alejan, pues Jesús atrae, aunque deja en libertad para seguirlo voluntariamente.

Al acercarse los discípulos ya tenemos la Iglesia en ciernes, en formación, en marcha, aglutinada junto a Jesús hasta la consumación de los siglos.

Dos opciones tiene el hombre sobre la tierra en el seguimiento de una finalidad ontológica: **1ª)** Jesús propone su seguimiento, **2ª)** el mundo propone también su seguimiento. El seguimiento de Jesús viene impulsado por el Padre, y el seguimiento del mundo viene impulsado por Satanás. El seguimiento de Jesús alcanza la vida eterna, el cielo, y el seguimiento del mundo alcanza la muerte eterna, el infierno.

La precisión del evangelio indicando el acercamiento a Jesús viene a desandar el ocultamiento de Adán entre la hojarasca del Paraíso (cf. Gén. 3, 8).

“Y él se puso a hablar enseñándoles”: A diferencia de Moisés, que recibe la ley, Jesús la da por sí mismo, pues es el mismo Dios del Sinaí, el mismo que le dio la ley a Moisés.

La enseñanza (didaché) es oficio fundamental del apóstol. Esta orientación pastoral de los hombres hacia Dios les conseguirá la salvación. ¿Pero qué dirá Jesús?:

1. Las tres primeras bienaventuranzas irán en oposición frontal **contra el mundo**, que no piensa más que en *riquezas, honores y placeres*. Cristo Jesús enseña, por el contrario, que estas cosas son un obstáculo para la verdadera felicidad. Hay que oponerse:
 - Al amor de las riquezas, con la pobreza (“*los pobres*”).
 - A los deseos de honores, con la humilde mansedumbre (“*los mansos*”).
 - A los placeres mundanos, con la penitencia (“*los que lloran*”).
2. Siguen después tres principios fundamentales que han de regir la **vida del cristiano**:
 - Las relaciones para con Dios, haciendo su santísima voluntad (“*hambre de la justicia*”).
 - Las relaciones para con el prójimo, ejerciendo con él la caridad fraterna (“*los misericordiosos*”).
 - Las relaciones para consigo mismo, procurando la limpieza del alma (“*los limpios de corazón*”).

3. Finalizan las tres últimas bienaventuranzas con la meta de toda **perfección cristiana**, aunque las dos últimas pueden reducirse a una y única:

- Propagación del Evangelio de la paz con la palabra y el ejemplo (“*los que trabajan por la paz*”).
- Participación en la Cruz de Cristo por las persecuciones (“*los perseguidos*”).
- Participación en la Cruz de Cristo por los sufrimientos (“*cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa*”).

“Bienaventurados (μακάριοι)”: Son los felices en sentido religioso, no se refiere a la carcajada callejera y mundana. Es una expresión de felicitación muy grata, profunda, estable. Es un anticipo de la eternidad.

“Los pobres (πτωχοὶ)”: Son una categoría concreta de personas que reciben como una gracia, no como mérito, el tesoro del Reino. El pobre no se gana la limosna que le ofrecen, sino que la recibe agradecido. La pobreza evangélica es una gracia sobrenatural que Dios concede a los miembros de su Iglesia.

La 1ª bienaventuranza *se opone a las falsas ideas que del Reino Mesianico enseñaban por entonces los fariseos*. Esperaban un Mesías que les había de colmar de riquezas y bienes terrenales. *Se opone también a tus tendencias naturales*, que rehúyen la pobreza como uno de los mayores males.

El término griego πτωχοὶ (pobres) tiene un sentido amplio y no sólo se refiere a una *pobreza de espíritu*, sino también *efectiva, actual, real*. En sentido más amplio, puede entenderse también esta bienaventuranza de los ricos que, a pesar de los bienes que poseen, conservan su corazón despegado de ellos y están dispuestos a dejarlos, si esa fuera la voluntad de Dios. El mejor ejemplo de pobreza lo tenemos en Cristo Jesús.

La palabra “pobre” en la Biblia es privilegiada y está cargada de un sentido más amplio que el mero carecer de recursos materiales. En hebreo (aniyyim) tiene como significado: *encorvado, humillado, abrumado* (anawin). *El pobre lleva una vida dura, aflictiva, sufrida; nada es-*

pera de este mundo, y por ello se confía a Dios y le suplica. Cristo vendría a salvar a estos pobres a quienes llama bienaventurados:

Los pobres, en labios de Jesús y a oídos del pueblo galileo, son los “*anawin*” de Isaías:

*«El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los **pobres** me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran.» (Is. 61, 1-2).*

Las riquezas derivan hacia la propia persona una de las actitudes teocéntricas esenciales al sentido de Dios: la confianza en Él; por eso *el rico es connaturalmente orgulloso*, se apoya en los placeres, se olvida del sentido del pecado; lo que le hace difícil la conversión e incorporación al Reino de Dios. Jesús, siendo rico, se hace pobre para dar ejemplo.

Ante todo, *la pobreza tiene un sentido ascético*, no un sentido únicamente económico o social. Aunque nadie tuviera necesidad de tu ayuda personal y de tus medios materiales, deberías hacerte pobre por motivos ascéticos, pues sólo así sentirás la dependencia que debes sentir de Dios.

No busques riquezas, pues Dios no amará en ti lo que aborreció en sí.

“De espíritu, (πνεύματι)”: La palabra “*espíritu*” es casi sinónima de corazón; así se puede decir: los pobres de corazón, los desprendidos de las cosas de este mundo, los que no tienen su corazón apegado a algo creado. Estos pobres son los que sienten la necesidad de Dios para subsistir.

“Porque de ellos es el Reino de los Cielos”: A la pobreza se le promete la máxima riqueza: “*el Reino de los Cielos*”: la promesa que viene a anunciar Jesús en su Evangelio. Viene así la riqueza a constituirse en obstáculo para lograr la auténtica riqueza, que es Dios. Apartado el obstáculo de la riqueza, aparece el Reino de los Cielos; como abierta la ventana, entra el Sol en la estancia.

Lo contingente no tiene entrada en lo absoluto, lo temporal no tiene entrada en lo eterno, lo creado no tiene entrada en lo increado; de aquí que sólo los carentes de contingencias, temporalidades y creaturas, es decir, los pobres, tienen entrada en el “*Reino de los Cielos*”.

“Bienaventurados los mansos (πραεῖς)”: Es la atmósfera espiritual del concepto de la pobreza bíblica, una especialización de la pobreza. Esta 2ª bienaventuranza es un desdoblamiento de la primera y se halla íntimamente ligada con la humildad.

No tiene cabida la ira en quien vive y ama la pobreza. El pobre no tiene algo que defender y por ello es espontáneamente manso. *El verdadero pobre es connaturalmente manso*. Cristo llama bienaventurados a los que en medio de las adversidades no se dejan dominar por la ira o la impaciencia, sino que con resignación y humildad se someten a la Divina Providencia.

«PACIENTE EN LAS OFENSAS.

La persona mansa ni provoca el mal ni es provocada por el mal. Las cargas del pecado no prevalecen contra tales personas, puesto que ellos no son la cusa del pecado. El manso es aquel que se alegra más en sufrir la ofensa que en cometerla. Pero, a menos que uno no tema ser ofendido, no podrá mantenerse sin pecado. Lo mismo que la cizaña nunca falta en el campo, los provocadores nunca faltan en el mundo. En verdad, es auténticamente manso aquel que, habiendo sido ofendido, ni hace el mal ni piensa en hacerlo.» (ANÓNIMO, *Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo*, 9; PG 56, 681).

“Porque ellos heredarán la tierra”: Poseer, heredar la tierra, era la gran esperanza del Antiguo Testamento, y Jesús como buen pedagogo religioso lo recuerda, pero refiriéndose al Reino de Dios, a la Vida eterna. También, durante el tiempo presente, los mansos poseen los corazones terrenos de los hombres.

La promesa que le hace Dios al hombre para que domine la tierra y la someta (cf. Gén. 1, 26, 28-30) es un privilegio reservado ahora sólo a los pobres. Ellos poseen todo, pero los ricos son poseídos por lo mismo que ellos creen poseer: se convierten en esclavos.

“Bienaventurados los que lloran (πενθοῦντες)”: Los que lloran se contraponen a los que rien. Éstos son los que se entregan a los placeres

mundanos, y, por consiguiente, los que lloran no son precisamente los tristes o melancólicos, sino los que, siguiendo a Cristo, entran por el camino del sacrificio, renuncian a los pasatiempos terrenos y llevan su cruz en pos de Cristo.

Resulta desconcertante que sea la tribulación la que proporcione al hombre el consuelo gozoso que busca en esta vida temporal y terrena, y por esta misma razón los mundanos huyen de la cruz, que la creen estéril, innecesaria y perniciosa. Pero para que esta desorientación del hombre no incida negativamente en su vida, viene Cristo Jesús a orientarlo y conducirlo al gozo temporal y eterno.

“Porque ellos serán consolados”: El dolor, el sufrimiento, pasó en la catequesis apostólica como la sementera de la alegría. Los que lloran los propios pecados y los del mundo, serán consolados ya aquí en esta tierra, pero especialmente en el Reino de los Cielos. *El consuelo adquiere en las Sagradas Escrituras la ternura de la madre con su hijo*; así Dios con su pueblo afligido.

«EL CONSUELO DE LOS QUE LLORAN.

Quienes lloran reciben consuelo cuando el dolor que es la causa de ese llanto cesa. Quienes lloran por sus propios pecados y obtienen el perdón serán consolados en esta vida. Los que lloran por los pecados ajenos ¿serán consolados en la vida futura? También. Mientras están en el mundo, al no conocer la acción de la providencia de Dios y no saber claramente quiénes han caído bajo la influencia del diablo, lloran por todos los pecadores, incluso por los que sin mala intención eligen el mal. Ven a todos los pecadores como golpeados por el diablo. Ven también claramente que quienes son de Dios no pueden perecer y que los que perecen no son de Dios. Nadie puede escapar de las manos de Dios. Una vez que su llanto finalice serán consolados. Sin mezcla de sufrimiento, se regocijarán sólo en su bienaventuranza.» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 9; PG 57, 225-226).

“Bienaventurados los que tienen hambre (πεινῶντες) y sed de la justicia”: Está en paralelismo con humillados; así como “ricos” está en paralelismo con “potentados” (opresores) y soberbios de corazón. Tenemos, pues, en esta bienaventuranza una irisación más de la figura del pobre bíblico, aureolada con su misma atmósfera espiritual.

Se trataría del deseo ardiente de cumplir perfectamente la voluntad divina. Se opone frontalmente a la tibieza, la flojera, la pereza en el bien...

“Porque ellos serán saciados”: La saciedad viene con la posesión de Dios, y, con Dios viene todo el bien, pues el hombre no se conforma con menos que con Dios.

“Bienaventurados los misericordiosos (ἐλεήμονες)”: La misericordia es inseparable de la caridad y de la gracia santificante, que se ejerce generosamente sobre la miseria. Se opone al materialismo y al positivismo farisaico, que desprecia a los pobres, a los desgraciados y a los pecadores.

Jesús te enseña a compadecerte de las miserias espirituales y materiales de tus hermanos y a colaborar por tu parte para remediarlas.

“Misericordia”: Es dar el corazón a los míseros (miseris-cor-dare). La misericordia alcanza su expresión más alta en el perdón hacia el pecador que te ofende. Alcanzas misericordia cuando socorres al mísero.

“Porque ellos alcanzarán misericordia”: El premio que se te promete en esta bienaventuranza es la misericordia que Dios tendrá contigo aquí en esta vida perdonando tus pecados y dándote la gracia santificante, y en la otra vida dándote la gloria eterna.

¿Qué es lo que mueve al Dios misericordioso? -La misericordia sobrenatural humana. La pretensión justiciera de querer mover a Dios en favor propio es tan repugnante como el insulto para alcanzar el favor de cualquier ser humano.

“Bienaventurados los limpios (καθαροὶ) de corazón (καρδίᾳ)”: Significa la purificación de lo interior del hombre, en contraposición a la purificación exterior de los fariseos que sólo limpiaban por fuera (la copa y el plato), pero por dentro estaban impuros:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de rapiña e intemperancia!» (Mt. 23, 25).

Pureza de corazón es inmunidad intrínseca de toda mancha moral, visible a los ojos de Dios; es inmunidad de todo pecado.

Es ilusión pseudomística intentar llegar a Dios sin pureza de vida, fraguada en purificación de ascesis.

“Porque ellos verán a Dios”: Ver a Dios es la máxima gracia y suprema felicidad del hombre. En los escritos apostólicos se mantiene viva la persuasión de la trascendencia e invisibilidad de Dios que *“mora en una luz inaccesible”* (1 Tim. 6, 16). Todo el que vive en la esperanza de ver a Dios tal como es, *“se purifica a sí mismo, como Él es puro”* (1 Jn. 3, 3). Los limpios de corazón son los limpios de todo pecado.

«VER A DIOS EN LA CREACIÓN.

“Porque ellos verán a Dios”. ¿Cómo, pues, dijo que “a Dios nadie lo ha visto jamás”? (Jn. 1, 18) Decimos que Él es visto y captado por el pensamiento, o bien que vemos a Dios en la Sagrada Escritura con los ojos del conocimiento, o que por la sabiduría que aparece en el universo es posible ver al que lo hizo sabiamente, de forma parecida a como, en los objetos elaborados por los hombres, de algún modo, por la inteligencia, es visto el hacedor de la obra que tenemos delante. No se ve la naturaleza del que la modeló, sino únicamente su destreza técnica. De igual forma, quien ve en la creación a Dios no descubre la sustancia, sino la sabiduría del que ha hecho todas las cosas. En consecuencia, el Señor dice la verdad al afirmar que “Dios será visto por los limpios de corazón”, y la Escritura no engaña al afirmar que nadie ha visto a Dios y que nadie puede verlo.» (APOLINAR DE LAODICEA, Fragmentos sobre el Evangelio de Mateo, 13; MKGK 5).

“Bienaventurados los que trabajan por la paz (εἰρηνοποιοί)”:

Esta bienaventuranza se refiere especialmente a:

- La paz del hombre para con Dios, por medio de la gracia santificante y el perdón de los pecados.
- La paz de los hombres entre sí, por medio de la caridad fraterna.
- La paz de los pueblos y naciones, que por la fe e incorporación a la Iglesia habían de formar un solo cuerpo místico con Cristo como Cabeza y fuente de vida sobrenatural.
- La paz del hombre para consigo mismo.

“Porque ellos se llamarán «los hijos de Dios»”: El nombre expresa el ser substancial de un ente personal: al decir: *“se llamarán hijos de Dios”*, está diciendo que son hijos de Dios; porque los pacíficos imitan

de modo especial al Hijo natural del Padre, a Jesucristo, y porque se asemejan al Dios de la paz.

«LAS BENDICIONES DE LA PAZ.

Aquí no se contenta el Señor con eliminar toda disensión y enemistad de unos con otros, sino que nos pide algo más: que tratemos de poner paz entre los desunidos. Y también aquí señala un premio espiritual. ¿Qué premio? El que ellos serán llamados hijos de Dios. En verdad, ésa fue la obra del unigénito: unir a los distantes y reconciliar a los que estaban en guerra.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el Evangelio de Mateo*, 15, 5; PG 57, 228).

Y los que no son “*hijos de Dios*”, ¿de quién son hijos? -Son hijos de este mundo, donde reina el hacha, la espada, la lanza, los tanques, misiles y toda máquina de guerra conducida por Satanás. Éstos, que no son “*hijos de Dios*”, son hijos del demonio (cf. Jn. 8, 44).

“Bienaventurados los perseguidos (δεδιωγμένοι) por causa de la justicia”: Esta bienaventuranza recuerda las persecuciones y desprecios que sufrirán los seguidores de Jesucristo de parte de los mundanos, los fracasados de la humanidad.

Como resultan hasta escandalosas las persecuciones injustificadas y tenebrosas de los mundanos, Jesús quiere prevenir y alentar a padecerlas con ánimo concertado. Estas persecuciones son un distintivo de los auténticos hijos de la Iglesia.

“Porque de ellos es el Reino de los cielos”: Serán premiados con el Reino de los Cielos de un modo especial, pues como fueron desechados de este mundo por los mundanos, Dios les entrega el mundo venidero en propiedad.

“Bienaventurados vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa”: Este verso no es una nueva bienaventuranza, sino una explicación del verso precedente.

“Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo”: Las buenas obras son merecedoras de la gloria, ya que aquí el premio eterno se propone como recompensa de los trabajos sufridos en este mundo por causa del Evangelio. El ejemplo de los profetas debe animar al *padecimiento alegre*.

«TURBACIÓN TERRENA FRENTE A LA GLORIA CELESTIAL.

Sopesad la vergüenza terrenal frente a la gloria celestial, y mirad si no es mucho más leve lo que sufrís en la tierra que lo que esperáis en el cielo. Pero quizás puedes decir: ¿Quién puede alegrarse cuando es injuriado? ¿Quién puede en ese momento, no sólo soportar, sino alegrarse magnánimamente? La respuesta es que aquél no se deja seducir por la gloria vana. Verdaderamente quien desea las cosas del cielo no teme las afrentas de la tierra. Y no se preocupa de lo que digan los hombres sobre él, sino sólo de cómo lo juzga Dios. Pero aquel que se alegra con la alabanza de los hombres, cuanto se alegra, así se entristece. Y el que se entristece por causa de los hombres, cuanto se contrista, tanto se alegra. Quien no se alza por la alabanza, no se hunde por los reproches. Donde cada uno busca su gloria, allí tiene el reproche. Quien busca la gloria en la tierra, tiene en la tierra la confusión. Y el que no busca la gloria, a no ser sólo la de Dios, ése no teme la confusión, sólo el juicio de Dios. Si el soldado soporta el peligro de la guerra en tanto que espera el botín de la victoria, cuánto más vosotros no debéis temer las afrentas del mundo, vosotros que esperáis el premio del reino celestial.» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 9; PG 56, 684).

Jesús te anima al sufrimiento y resignación con gozo y alegría, porque la recompensa que te espera en el cielo es grandísima y no se puede equiparar con los fugaces sufrimientos del mundo presente:

«Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros.» (Rom. 8, 18).

«En efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna.» (2 Cor. 4, 17).